

Iglesia arraigada, Iglesia universal.

Josep Maria Carbonell

1. **Arraigarse es universalizarse. La universalidad de la Iglesia Católica pasa precisamente por su capacidad de arraigarse en les diferentes y plurales comunidades locales de nuestro mundo. Una visión de la comprensión del Concilio Vaticano II sobre la importancia de la “Iglesia local” como “porción del pueblo de Dios”.**

Comentario sobre la introducción de Josep Maria Esquirol: *“Lo particular es condición de posibilidad de lo universal. Sin cavar a fondo no encontraremos las vetas profundas que nos unen....)*

Los 4 elementos constitutivos de la Iglesia local o diócesis son los siguientes¹:

. *El elemento fundamental:* la Iglesia local es una “porción del Pueblo de Dios”. En efecto como precisa el Decreto *Christus Dominus*, 11: *“La diócesis es una **porción del Pueblo de Dios** que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica.”* Nos hemos de fijar en la importancia de la palabra “porción” y no “parte” (que también es utilizada en menor intensidad). Para Salvador Pié: “Parte” indica una concepción fragmentaria de la Iglesia, mientras que “porción” evoca una relación de proporcionalidad del tipo “la parte por el todo” (pars pro toto), según su uso clásico por Cicerón, Catón, etc.. y se convierte así en una fórmula más adecuada para una visión teológica de la Iglesia local entendida como *realización de la Iglesia de Dios presente en un lugar concreto. No se trata, pues, de “una parte en el todo” (pars in toto), sino de una “parte por el todo”, ya que la diócesis no es un fragmento de la Iglesia entera sino una realidad proporcional a su totalidad y por eso*

¹ PIÉ-NINOT, S. *Eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 2007. P.337

“una parte que conserva todas las cualidades y propiedades del conjunto”²

. *El elemento genético.* El elemento trascendente: el Espíritu Santo, y los elementos sacramentales: el Evangelio y la eucaristía. En efecto, según LG 4, ***“el Espíritu vive en la Iglesia”*** pues en LG 12 “el Espíritu santo no sólo santifica el pueblo de Dios por los sacramentos y los ministerios (...) sino que distribuye a los fieles de todo orden gracias especiales (...) útiles a la renovación de la Iglesia y al desarrollo de su construcción.”

. *Elemento ministerial:* el obispo con su presbiterio, como pastor propio (CD 11), ***“como cabeza y pastor de una Iglesia local, es “principio visible y fundamento de la unidad de su Iglesia particular” (LG 23). En efecto, a través de él la Iglesia local persiste en la apostolicidad y la catolicidad, por ser sucesor de los apóstoles (LG 18-20).”³***

. *Elemento determinativo:* “Como regla general debe quedar circunscrita dentro de un territorio determinado” (canon 372).

En definitiva, la novedad del Vaticano II sobre la Iglesia local parte de su comprensión de “sujetos activos” y no como simples delegaciones o “súbditos” de la Iglesia universal entendida como una sola diócesis. Como recuerda Salvador Pié: ***“Así las Iglesias locales aparecen como “Iglesias-sujetos” de la catolicidad de la Iglesia, ya que cada una de ellas no es una parte sino una “porción” del pueblo de Dios en la que “está verdaderamente presente (inest) y actúa (operatur) la Iglesia de Cristo una, santa católica y apostólica” (CD 11; cf. LG 23)”⁴***

A partir de la actual doctrina vigente de la Iglesia me parece pertinente insistir en mi hipótesis: *Arraigarse es universalizarse. La universalidad de la Iglesia Católica pasa precisamente por su capacidad de arraigarse en las diferentes y plurales comunidades locales de nuestro mundo.* En ser la Iglesia local una “porción” de la Iglesia universal, una ***“parte por el todo”***, (*pars pro toto*), la diócesis no es, repito, un fragmento de la Iglesia entera

² PIÉ-NINOT, S. *Eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 2007. P.338

³ PIÉ-NINOT, S. *Eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 2007. P.340

⁴ PIÉ-NINOT, S. *Eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 2007. P.340

sino una realidad proporcional a su totalidad y por eso una parte que conserva todas las cualidades y propiedades del conjunto, en un conjunto de comunidades locales cada vez más diferentes, pues esa es la innegable realidad del mundo que conoce la Iglesia.

Un mundo cada vez más *global, cercano y plural*. Un mundo cada vez más *multipolar* dónde –y esto es relativamente nuevo- no existe ya *una cultura hegemónica* –la occidental- y *una religión así mismo hegemónica* –el cristianismo. El desplazamiento progresivo de la centralidad del mundo del Atlántico hacia el Pacífico, la emergencia activa – y no sólo económica- de los nuevos países BRIC's (China, India, Brasil, Nigeria, Indonesia, Rusia), el auge del Islam y del protestantismo evangélico pentecostalista, la distancia cada vez mayor en el llamado Tercer Mundo hacia un tipo de cultura occidental demasiado identificada con los poderes de la globalización económica y de rebote, y de manera injustificada, con el Catolicismo, plantean nuevos retos a la inculturación –arraigamiento- de la Iglesia en un mundo cada vez menos identificado con, y voy a ser muy preciso, con “las expresiones culturales mayoritarias” a través de las cuales la Iglesia ha ido expresándose en el mundo.

La interpretación del Concilio Vaticano II nos ofrece un horizonte de respuesta: “la localización de la Iglesia”, su “arraigo” nutre el conjunto de la Iglesia universal. Mi hipótesis: sólo *una Iglesia verdaderamente arraigada, repito en un mundo cada vez más plural culturalmente, vivificada por el Espíritu santo, “porción del Pueblo de Dios”, “parte por el todo”, que nutre el todo, y que se construye con el todo, puede ayudar a construir la universalidad (catolicidad) de nuestra Iglesia*. Podríamos concluir afirmando que la Iglesia Católica, según el Vaticano II, es concebida toda ella **como una comunión de iglesias locales**, presididas por el **Obispo de la Iglesia local de Roma**. La catolicidad de una iglesia local está en su relación de comunión con las iglesias de su entorno cultural y con la comunión decisiva con la Iglesia de Roma.

2. Doble desafío de la Iglesia: su inculturación en culturas no cristianas y su organización territorial siguiendo la ordenación administrativa y política civil vigente.

Para poder arraigarse en África y Asia el principal desafío que vive la Iglesia es su inculturación en las *culturas de origen no cristiano*. Este es un aspecto central, difícil y muy delicado. No voy a desarrollarlo puesto que no es propiamente el objeto de mi intervención de hoy. Quiero, eso sí, alertar sobre un *doble riesgo* derivado de una inculturación, a mi modo de ver, erróneo: *el riesgo de la disolución del núcleo central trinitario* del Catolicismo en aras a su recepción en una cultura determinada y el riesgo, también presente en las sociedades occidentales, de construirse uno mismo su “propia religión” cogiendo elementos de las diferentes tradiciones abonando *el “individualismo sincrético religioso”* que a veces hay quien quiere presentar como el modelo a seguir en el ámbito del diálogo inter-religioso. El tema, sencillamente apasionante, me desborda. Lo dejo aquí.

El segundo tema sí que es más cercano a nuestra situación más concreta. ¿Por qué podemos hablar de una Iglesia católica en Francia, o belga o alemana y *no referirnos a una Iglesia catalana o vasca*? ¿Por qué podemos hablar de una Iglesia católica inglesa y una Iglesia católica escocesa sin ningún problema? ¿Por qué cuando se pregunta a un alto responsable de la Conferencia Episcopal española sobre la Iglesia catalana su respuesta es que la *Iglesia sólo conoce la Iglesia universal*? ¿Por qué sólo nos atrevimos, con cierta sorna, afirmar –como se dijo en este mismo foro hace unos años- que somos “*la Iglesia que peregrina en Catalunya*”? ¿Por qué, si des de el Vaticano II existe una doctrina que promueve las Iglesias locales, no se ha producido jurídicamente un reconocimiento de la Iglesia catalana?

Ocurre que, de hecho, existe una sumisión de la organización territorial de la Iglesia universal a la organización administrativa, política y civil. Es el resultado de las dos caras de la Iglesia: una Iglesia que se organiza como estado y que así se relaciona con los estados restantes, y la Iglesia como *Misterio de Comunión del Pueblo de Dios*. Es un criterio que probablemente es positivo en términos generales, pero en comunidades concretas no funciona y no funciona porque desde una perspectiva pastoral es ineficaz y no responde a las dinámicas propias de una Iglesia que quiere arraigarse plenamente en una comunidad. Si Catalunya fuera un estado independiente o el estado español fuera similar al Reino Unido de Gran

Bretaña, un Reino formado por cuatro naciones, muy probablemente no existiría este problema

Recientemente el Dr. Joan Bada, en una larga e interesante entrevista en la Revista “El Temps” de esta misma semana, afirmaba que, “El problema es que somos una nación sin estado, mientras esto sea así nos costará tener el reconocimiento pleno como Iglesia en Catalunya”. En parte tiene toda la razón del mundo, si bien es cierto que Escocia, por ejemplo, otra nación sin estado, eso sí, en un estado diferente, no existe problema alguna para que la Iglesia Católica local en Escocia sea sencillamente la escocesa⁵. En Catalunya, el proyecto de Región Eclesiástica, promovido por el Concilio Tarraconense en 1995, continúa pendiente de resolución sin que se encuentre ningún impedimento en el Derecho Canónico.

La reciente visita del Papa a Barcelona, muy positiva y gratificante desde todos los puntos de vista, ha representado un paso de gigante en el reconocimiento real de la Iglesia local catalana. Personalmente pienso, desde una perspectiva estrictamente pastoral y evangelizadora, que la Iglesia que peregrina en Catalunya retomaría mayor fuerza si se la reconociera propiamente como Iglesia local.

3. Contexto actual: la principal dificultad, cuando un cierto restauracionismo eclesial entiende la universalidad como uniformidad y retorno a una centralidad que entiende la Iglesia local sólo como “parte”.

Nos encontramos actualmente, desde una perspectiva estrictamente eclesial, en un contexto dónde parece que los sectores más tradicionalistas y restauracionistas de la Iglesia han tomado mayor poder e incidencia. Este es un hecho innegable en la cúpula de la jerarquía de la Iglesia católica española. El *catolicismo montiniano*, para muchos, nuestro catolicismo “montiniano”, o “conciliar”, ha vivido un proceso de marginalización eclesial que se inició a mediados de los años 70 a medida que los grupos impulsores del Concilio perdieron fuerza e influencia y los aires vaticanos, ya a finales del mandato de Pablo VI, empezaron a potenciar otras líneas

⁵ Ver la web: <http://www.bpsconfscot.com/>

pastorales. Durante el largo mandato de Juan Pablo II se reforzaron los *nuevos movimientos* que en algunas ocasiones aparecieron como “*Iglesias particulares*” *sobrepuestas a las locales*. Movimientos que habían de reevangelizar media Europa y el resto del mundo, y revitalizar una Iglesia, decían, demasiado plural y desorientada después del posconcilio. Después de los años de diálogo con *el mundo*, se necesitaba, decían, una Iglesia fuerte, con una identidad fuerte, con un mensaje unitario y homogéneo, que respondiera a una sociedad cada vez más secularizada. Se combatieron de forma sistemática las teologías y eclesiologías que podían parecer díscolas con interpretaciones ortodoxas de la fe. Se llamó al orden a algunas iglesias locales y a órdenes religiosas. La revisión del Concilio iniciada por Juan Pablo II y algunos nombramientos vaticanos implicaron fuertes tensiones de la cúpula vaticana con sectores eclesiales que no se identificaron con el giro en cierta manera *restauracionista*. Frente a esta deriva, surge a mediados de los años 80 un *catolicismo radical* públicamente crítico del Papado que progresivamente va desvinculándose de las estructuras eclesiales tradicionales. Un catolicismo crítico que exigía seguir con la apertura iniciada en el Concilio abrazando los temas tabú de la Iglesia Católica: celibato, ordenación de las mujeres, democratización y descentralización de la Iglesia. Durante estos años este catolicismo se radicaliza en sus posiciones, se fragmenta capilarmente en multitud de pequeñas comunidades y organizaciones y rompe de hecho su vinculación ordinaria con la Iglesia. Al pasar los años se envejece y su fuerza va diluyéndose en una fragmentación excesiva. Este catolicismo crítico lo defino como el *catolicismo de la diáspora*.

Frente a este catolicismo, en los últimos veinte años, ciertos sectores asentados en algunas de las cúpulas de decisión de la Iglesia han ido promoviendo nombramientos en diócesis, organizaciones y movimientos que han favorecido el auge de un catolicismo *revisionista* del Concilio y de manera muy especial de la *Gaudium et Spes* y de su mirada, dicen, optimista del mundo; grupos que defienden una Iglesia fuerte, fuertemente centralizada, con voluntad de ordenar e incidir en el marco jurídico de nuestras sociedades. Este es el *catolicismo restauracionista*, que por su deriva agitadora en algunos países, se podría definir como el *restauracionismo del tea-party*. Estos grupos, recuperaron un mayor protagonismo a mediados de los 90 para ocupar progresivamente los

ámbitos de responsabilidad eclesiales. Siguiendo la estrategia de los grupos protestantes fundamentalistas de los Estados Unidos han decidido aparecer en la escena pública a través de los medios de comunicación y de manera especial a través de los *New Media* para conseguir una visualización pública de su proyecto.

Frente a estos extremos el *catolicismo montiniano* se ha encontrado, como casi siempre ocurre, un poco perplejo y sin capacidad de reacción pública. Es el catolicismo silencioso, trabajador, que aguanta las parroquias, un poco envejecidos, preocupados por la dificultad de encontrar nuevas generaciones. El *catolicismo montiniano*, en mi opinión, es aún el mayoritario de nuestra Iglesia. Es el que aguanta las Cáritas, un gran número de parroquias y escuelas religiosas. En las órdenes religiosas, sin duda alguna es el mayoritario. Es cierto que aun siendo el mayoritario ha perdido referentes públicos, una vez los Cardenales Martini y Echegaray se han jubilado. Quizás los Cardenales Bertone y Rabassi tomen el relevo: están en el buen camino.

Los defensores de la interpretación conciliar de Iglesia local como “porción”, después de años muy difíciles y de la crisis que supuso la emergencia y progresiva disolución del catolicismo radical y la emergencia del restauracionismo tradicionalista durante los últimos 25 años, parecen *encontrar aire y fuerza renovada* con el Papa Benedicto XVI y con su equipo de Cardenales más cercanos. Quiero insistir que a pesar de que el catolicismo montiniano continúa demasiado ausente de la esfera pública, muchas veces por problemas suyos, y parece como no existiera es aún el mayoritario de la Iglesia Católica. *Somos más. Debemos trabajar de valiente para que esta sensibilidad eclesial, la más capaz para convocar y cohesionar el conjunto de la Iglesia, asuma plenamente su responsabilidad histórica. Ganando en capacidad de convocatoria, en visibilidad y en espíritu abierto de unidad.* La Iglesia será más efectivamente universal si su arraigo en una comunidad concreta fortalece la unidad, siempre en la diversidad, de su propia comunidad, para ser “luz del mundo, sal de la tierra”.

4. Cinco elementos constitutivos de una Iglesia arraigada y universal *(Elzo utilizava el concepto Iglesia encarnada)*

1. Una Iglesia arraigada y a la vez universal que promueva la cultura del sentido y de la apertura a la trascendencia reconociendo las diferentes tradiciones culturales.

Ante una cultura líquida, como señala el filósofo polaco Zygmunt Bauman⁶, en el sentido que en la modernidad todo es líquido, evanescente, provisional. Que la precariedad es el signo de nuestro tiempo. Que nuestro mundo, de la mano de la tecnología y la ciencia, avanza de manera vertiginosa sin rumbo. Que se impone la aceleración sobre la eternidad, la novedad sobre la tradición, la velocidad sobre la serenidad. La cultura de la modernidad “parece más una cultura del distanciamiento, de la discontinuidad y del olvido”, en este contexto hay que crear espacios para promover una cultura del sentido y de la apertura a la trascendencia. Este análisis recoge acertadamente la evolución de las sociedades occidentales y en parte otras sociedades con una matriz cultural diferente.

La Iglesia tiene que volver a promover un debate en la esfera pública sobre las grandes cuestiones del Ser, de la Persona, de la Vida, de la Humanidad. En la línea iniciada por Benet XVI, en diálogo y desde la afirmación del núcleo esencial de nuestra identidad. El hecho que hoy estas cuestiones aparezcan cómo aparcadas por la tremenda superficialidad que nos invade no nos tiene que hacer perder de vista la naturaleza de la condición humana, indisolublemente abierta hacia la trascendencia.

2. Una Iglesia arraigada y a la vez universal que promueva la cultura de la caridad, el prójimo y la comunidad, comprometida en su comunidad local.

Pocas veces se había dicho con tanta precisión: “*Sólo en la verdad resplandece la caridad*, una caridad que es a la vez *agapé* y *logos*: amor y

⁶ BAUMAN, Z. *Vida líquida*. Paidós. Barcelona, 2007

palabra.”⁷ “*El amor al prójimo es un camino para encontrar también Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.*”⁸ Ante este nuevo tipo de individualismo, donde el “otro” se entiende como competidor y donde la dimensión comunitaria de la persona es un factor sometido al interés voluntario y utilitario de cada cual, la Iglesia debe reivindicar la cultura del amor, del reconocimiento del otro y de la dimensión comunitaria de la persona humana. Tenemos que reivindicar con toda su contundencia el valor de la “fraternidad” de la tradición cristiana. En el inicio de este tercer milenio reivindicamos mucho la “libertad” y la “igualdad”, pero muy poco la “fraternidad”.

3. Una Iglesia a la vez arraigada y universal más confesante en lo esencial y más adecuadamente presente en la esfera pública.

La reducción de la experiencia religiosa en la estricta esfera privada ha sido una de las tendencias generales del cristianismo en los últimos cincuenta años. Probablemente como consecuencia de una reacción ante modelos anteriores de cristiandad, espero definitivamente superados, pero también, como resultado de una excesiva *individualización de la fe*, el cristianismo ha ido perdiendo una dimensión pública –colectiva– de la fe en el espacio público. La *pérdida referencial en el espacio público* ha debilitado la contribución cultural, social y ética del cristianismo en nuestra sociedad. Y por extensión, como no podía ser de otro modo, debilitando la misma transmisión de la fe. Ésta es quizás la crítica principal al cristianismo montiniano.

Creo honestamente que nos hace falta un *catolicismo menos acomplejado y más inteligentemente confesando del núcleo central de la Buena Nueva* del Evangelio en nuestras sociedades occidentales desarrolladas. Ciertamente no será la única voz, ni tendrá que imponer su criterio en una sociedad plural, pero tiene que ser presente de manera creíble, ponderada y atrevida. El testimonio individual, privado, es indispensable pero no es suficiente.

⁷ BENET XVI, *Caritas in veritate*. Barcelona: Claret, 2009, p. 7

⁸ BENET XVI, *Deus est Caritas*. Barcelona: Claret, 2006, p. 32

4. Una Iglesia arraigada y universal “minoría creativa” en una sociedad cada vez más global y plural.

El conocimiento y la cultura son dos nuevas fuentes de poder estratégico. Con la multitud de relatos que se acercan, incluidos los otros relatos religiosos, la capacidad de *discernimiento*, de interpretación es muy importante. Pero también lo es la capacidad de encontrar un relato, que en un mundo cada vez más en red, y que es global-local, sepa a la vez "localizarse" o "arraigarse" y "globalizarse". La Iglesia, con su vocación de universalidad de siempre, puede convertirse en una de las pocas fuerzas de sentido y de identidad del mundo. En efecto, el Cardenal Joseph Ratzinger acababa su conferencia sobre la identidad europea en el Senado de Italia el 13 de mayo de 2004 afirmando que “*Los creyentes cristianos tendrían que actuar como una **minoría creativa** y ayudar en Europa a defender una vez más lo mejor de su herencia y así estar al servicio de toda la Humanidad*”⁹. Es una manera diferente de recordarnos las Bienaventuranzas, de ser “la sal de la tierra y la luz del mundo”.

Ante el desconcierto y la confusión de nuestras sociedades complejas, la Iglesia puede aparecer en la red y en la esfera pública como una comunidad de sentido y de esperanza, de encuentro, de compromiso, de amor. Como *fuerza y no como poder*, arraigado en cada comunidad concreta con proyección universal, como fuerza que quiere influir en la sociedad. Ahora bien, la Iglesia tiene que cuidar mucho la forma, el lenguaje, la imagen de esta presencia, porque una presencia poco apropiada puede provocar una mayor desafección especialmente en la juventud.

5. Una Iglesia a la vez universal y arraigada asentada en una teología trinitaria, en una antropología personalista en diálogo con otras tradiciones culturales, comprometida con los más pobres, la justicia y el bien común.

⁹ CATHOLIC CULTURE. ORG. *Europe: Its Spiritual Foundation: Yesterday, Today and in the Future*. Cardenal Ratzinger

Posiblemente nos hace falta *un relato más sencillo para llegar a la gente*. Posiblemente nos hace falta **más en menos**. Tenemos que ir más a la esencia de nuestra fe con una teología más trinitaria y con una antropología más personalista muy en diálogo, especialmente en el continente asiático y africano, con las tradiciones culturales no cristianas. En estos momentos de grandes cambios nos hace falta, a la vez, mantener *una actitud de firmeza en aquello que es fundamental* y que ilumina el sentido de nuestra acción y *una actitud de diálogo* precisamente para renovar y inculturar, como San Pablo se propuso hace dos mil años, la Verdad revelada por Dios a través de su hijo, Jesús de Nazaret que, recordemos, nos envió el Espíritu. Confesión desacomplejada en Jesús de Nazaret en Iglesia, diálogo con un mundo cada vez más plural y en cierta manera desbordado de si mismo.

Barcelona, 20 de noviembre de 2010